

31 de enero de 2023

Solvencia o quincalla

Jordi Nadal



Me llama Pere Cornellà, un industrial del café enamorado de su oficio. A él le importa que las tareas que ejecuta estén bien hechas y renuncia al atajo que esquive la perfección de trabajar bien. Defiende la calidad, porque es una manifestación del respeto por las cosas. Comentamos cómo nos toca sufrir a los prestigiosos de sombrero de copa, del que van sacando abalorios para entretener (o, acaso, distraer), mientras te roban la cartera. Charlatanes cotidianos.

En el mundo hay mucha gente repartiéndose dinero que no han ganado con su trabajo. Opinan sobre empresas y procesos que nunca han realizado personalmente ni experimentado o aplicado en su propia piel, con sus propias manos. Los profesionales de las ocurrencias, como diría Xavier Marcet. Todo esto causa una fatiga inmensa que, por suerte, no arrebatara la ilusión ni el compromiso a quienes aman su oficio. Sabemos que, para algunos, el camino de la grandeza se

El camino de la grandeza se sustenta en que lo que conseguimos tiene sentido

sustenta en saber que lo que conseguimos tiene sentido, y aspiramos a la excelencia porque, a diferencia de otros, en nuestras empresas se pagan los errores en carne propia. Hemos llegado al paraíso intervencionista. Antes no estaba nada regulado y ahora vamos camino de regularlo todo, a veces, equivocadamente. Y, en este proceso, puede ocurrir que las tareas no se realicen por quienes saben hacerlo. Leí hace tiempo un artículo de Alfredo Pastor en el que citaba a Arthur Okun, un economista para quien capitalismo y democracia, en apariencia opuestos, se necesitan: el primero, para poner algo de racionalidad en la igualdad; la segunda, para poner humanidad en la eficiencia.

Racionalidad y justicia social; democracia y eficiencia. La combinación de estas palabras es necesaria y entronca con el lema de la revista *The Economist*, que ya en septiembre de 1843 prometió participar “en una severa contienda entre la inteligencia, que presiona hacia adelante, y una ignorancia indigna y tímida que obstruye nuestro progreso”.

Todo lo que no sea aplicar esta búsqueda cuidadosa de verdades basadas en la ciencia y sostenidas y aplicadas con la estructura del humanismo, ético y con conciencia, está condenado a ser mediocre. Nos acorta y empeora el futuro. En lugar de lograr cosas sólidas, nuestras manos quedarán llenas de quincalla. ●